

EL ULTIMO DE LA "STARLING"

Los tristes restos de la "María Digna", que se mecen al compás del oleaje en su fondeadero náufrago de la Costanera, traen a la memoria la imagen, ya desvaída por el tiempo, de otra goleta que fue también en sus mocedades —como ésta— un yate de gran lujo, para terminar como modesta nave langostera en la carrera entre el Archipiélago de Juan Fernández y Valparaíso.

¿Quién no recuerda a la "Starling"?

Quién no conserva en los arcanos de la memoria, si no la imagen, al menos el nombre de ese yate de dos palos y soberbia estampa, que fuera lanzado al agua en 1926 en astilleros de Maine para alimentar los ocios y la vanidad de excéntricos millonarios estadounidenses? Dicen que perteneció, entre otros, a la poderosa familia Rockefeller, y eso da la pauta del boato que debió rodear al yate. Pulidas caobas, bronces relucientes, fregada cubierta. Camarotes de ensueño que fueron, quizá, testigos de juramentos de amor musitados en alguna cálida noche caribeña...

Más todo eso había quedado en la estela cuando la "Starling" llegó a Valparaíso en 1941, adquirida por armadores de este puerto para destinarla al tráfico langostero. Atrás quedaban los capitanes rubios y apolíneos de albo uniforme y gorra galoneada, atrás los tripulantes de ojos azules y camisetas a rayas, atrás los pasajeros perfumados y "dilettantes"... Hombres rudos y ce-

trinos ocuparon el buque, hombres habituados a las duras navegaciones de canales y golfos australes, hombres de mar que sabían de tormentas y bonanzas, de venturas y desventuras.

Hombres que muy pronto sabrían también de muerte...

¿Qué hado adverso, qué genio maléfico trazó en su carta de agoreros presagios el rumbo de la "Starling"? Apenas dos años alcanzó a navegar con bandera chilena. Y una noche de Año Nuevo, cuando en tierra las gentes lo celebraban con champagne y serpentinas, su roda tocó violentamente las rocas de Punta Artesas y la muerte envolvió en un sudario de espumas al buque y sus hombres.

Había marejada aquella última noche del año 1943. Y poca visibilidad a causa de una bruma densa que se enroscaba a los palos y reptaba por cubierta. Tenía el mando el capitán don Francisco Barría, veterano hombre de mar ya próximo a retirarse; y lo secundaban el piloto César Andrade, el ingeniero Víctor Aguirre, el contraamaestre Francisco Aguila y tres tripulantes. Venían también cinco pasajeros, entre los que se contaba el pilotín Carlos Barría, hijo del capitán.

El puerto de destino era Quintero.

Mal tiempo había soportado la goleta en su viaje. Mar gruesa y fuertes vientos la pusieron a prueba, pero una vez más había salido airosa. Mas, a la postre,

aquellos malos tiempos iban a incidir, con efecto retardado y mortal, en la pérdida definitiva de la "Starling".

Aquella noche del 31 de Diciembre había cumplido la última guardia el piloto Andrade, quien la entregó al capitán Barría y se retiró después a descansar. El rumbo estaba correctamente trazado y nada hacía presumir una emergencia. Distinguióse, de súbito, entre el ruido uniforme del oleaje, un fragor crepitante y difuso, como el de las olas rompiendo en las rocas. Y casi inmediatamente después se ofreció a los ojos espantados de la guardia y a través del manto lechoso de la niebla, el alto y fantasmal roción de las rompientes.

El alocado girar del gobernalle no podía torcer el sino implacable. Estaban encima de los roqueríos, de los temibles roqueríos de Punta Artesas, al sur de la bahía de Quintero. ¡Y contra ellos se estrelló la "Starling", impulsada por la fuerza combinada de la corriente y la marejada!

¡Noche de Año Nuevo en Punta Artesas, festinada con el crujir de maderas y los gritos de auxilio de un puñado de desdichados!

Error de estima. Esa fue la explicación técnica del naufragio. Error de es-

tima ocasionado por los temporales que azotaron a la goleta y que dañaron la corredera, determinando un mayor avance verdadero hacia el Este que el marcado por el instrumento. De tal manera que cuando a bordo creían aún hallarse a tres horas de distancia de la costa, estaban ya con la proa clavada en las rocas. Trágico error favorecido por una noche cubierta y sin visibilidad.

El balance de pérdidas humanas redujo a uno el número de sobrevivientes. Entre los pasajeros viajaba un isleño de nombre José Yáñez, que fue el único que, luchando bravamente con la mar, logró alcanzar tierra y dio aviso de la catástrofe.

A veintiocho años de distancia, José Yáñez, el último de la "Starling", sigue en la vida de mar. Como motorista de la goleta pesquera "Fransiska Bosum", de base en Quintero, pasa tres veces por semana a la cuadra de Punta Artesas. Y quizá más de una vez haya evocado, apoyado en la borda y vislumbrando a la luz argentada de la luna el esporádico refulgir de las rompientes distantes, el recuerdo de aquella otra noche en que casi dejó sus huesos entre los restos náufragos de la goleta "Starling".

